



ACTUALIDAD

1

LA PERCEPCION ESPAÑOLA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Manuel AZCARATE

¿Cómo vemos los españoles a esa gran nación que desempeña hoy un papel tan esencial en la escena mundial y con la que estamos asociados por estrechos lazos, tanto multilaterales, en la OTAN, como bilaterales mediante convenio sobre bases militares y otros aspectos?

I.

Para que se pueda seguir mejor mi exposición adelantaré mi tesis principal: las relaciones de España y Estados Unidos han sido sumamente conflictivas. En el siglo XIX, los españoles hemos percibido a Estados Unidos casi como un país enemigo. Hay que mirar de cara a esa realidad histórica. Ahora bien, esa percepción negativa que los españoles —globalmente— hemos tenido de Esta-

dos Unidos, hay que encuadrarla en dos binomios contradictorios:

a) La diferencia entre los sectores democráticos, progresistas, liberales (en el sentido del siglo XIX) de la sociedad española, con una opinión mucho más favorable de Estados Unidos, y los sectores conservadores, reaccionarios, católicos, cuya percepción ha sido en principio mucho más negativa.

b) La diferencia entre la opinión sobre

Estados Unidos en tanto que Estado, política —en general muy negativa— y la opinión sobre la sociedad, la cultura, los ciudadanos norteamericanos, mucho más favorable.

Veremos cómo estas dos parejas de contradicciones se matizan entre sí, se relacionan, incluso se invierten. Si a partir de ahora se van tejiendo —y ojalá sea así— relaciones amistosas entre España y Estados Unidos, será en realidad la primera vez que ello ocurra en la historia.

II.

La independencia de Estados Unidos ha sido apoyada por España, sobre todo a causa de la hostilidad con Inglaterra. El conde de Floridablanca, entonces embajador en París, se entrevistó en 1783 con Benjamín Franklin y con Lee, primeros enviados de los recién nacidos Estados Unidos. Incluso Lee estuvo en Madrid para concertar las formas de la operación. Con esa política, España ayuda a crear un foco de independencia en América que luego estimulará las guerras de liberación que irán poniendo fin al colonialismo español. Fue un hecho histórico progresivo. Nosotros saludamos la independencia de las naciones latinoamericanas.

Más para comprender la percepción española de Estados Unidos hace falta tener en cuenta que, durante el siglo XIX, España, como Estado en guerra para conservar sus colonias, tuvo en Estados Unidos a un verdadero enemigo, que fomentaba y ayudaba a las guerras de las naciones latinoamericanas. La doctrina Monroe —América para los americanos— proclamada en 1822, está dirigida en gran medida contra España. Ese enfrentamiento, más o menos duro según los momentos, se prolonga durante décadas, un siglo, y desemboca, como sabemos, en la guerra de 1898. Este factor de «tiempo prolongado» hay

Si a partir de ahora se van tejiendo relaciones amistosas entre España y Estados Unidos, será la primera vez que ello ocurra en la historia.

que tenerlo en cuenta, porque un conflicto puntual se esfuma, se olvida mucho mejor que una situación de constante enfrentamiento que, al alargarse, parece corresponder a causas permanentes.

III.

Es lógico que esa situación de conflicto entre los Estados haya producido una revisión sumamente negativa de la mayoría de los españoles sobre EE UU en el siglo XIX. Pero aquí es donde se produce una primera ruptura importante en esa percepción española «global». Para una minoría de españoles, EE UU aparece como la representación de una serie de valores fundamentales de democracia, independencia de los pueblos, tolerancia religiosa.

No subestimemos esa minoría. Para comprender el hoy y el mañana de España, es importante no sólo estudiar, en el siglo XIX, la monarquía, la Iglesia, el ejército, las guerras carlistas. Hay que estudiar esas minorías esclarecidas —las grandes olvidadas aún hoy en la cultura dominante— que han abonado espiritualmente el suelo de la España contemporánea. En esas minorías estaban los amigos y admiradores de EE UU en el siglo XIX.

En particular la Institución Libre de Enseñanza, que fue mucho más que una escuela o un centro de pedagogía moderna: un amplio movimiento de renovación intelectual y moral, de lucha contra el in-

tegrismo católico que aplastaba a España, cuyas derivaciones fueron fundamentales en las corrientes progresistas del siglo XX y concretamente en la Segunda República española de 1931.

Un caso singular de impacto de la cultura norteamericana sobre España es el movimiento abolicionista para suprimir la esclavitud en las colonias. Lo inicia en 1860 un portorriqueño que había vivido en EE UU, Julio Vizcarrondo.

En 1864 se crea la primera Liga Abolicionista encabezada por el Marqués de Albaida, fundador del partido republicano. Se adhieren Juan Valera, Fermín Caballero, Galdós, todas las que serán luego grandes figuras del progresismo y del republicanismo: Nicolás María Rivero, Castelar, Olózaga, incluso Sagasta. A la vez surge la Sociedad Abolicionista de señoras, apoyada por Concepción Arenal. Con el viraje reaccionario de 1866, la Liga es disuelta, pero reaparece en 1868, con el triunfo de la revolución, con nuevas incorporaciones como las de Canalejas, Salmerón, Gumersindo de Azcárate, Giner de los Ríos, Rafael Labra, Fernando de Castro (que la preside), es decir las mismas personas que poco después van a crear la Institución Libre de Enseñanza.

Existe una relación íntima entre este movimiento y la guerra de EE UU; el triunfo del Norte sobre el Sur, partidario de conservar la esclavitud, se produce en

***Un caso singular de
impacto de la cultura
norteamericana sobre
España es el movimiento
abolicionista para
suprimir la esclavitud en
las colonias.***

1885. Lo que a esas minorías españolas les entusiasma de Estados Unidos en su régimen político y jurídico: República, democracia, tolerancia religiosa, respeto a la ley, igualitarismo social, ausencia de aristocracia, costumbres sociales más llanas... Lo explican bastante bien algunos libros o ensayos que se publican entonces, escritos por figuras de la Institución, sobre la realidad norteamericana.

Citaré el libro de Gumersindo Azcárate, *La república norteamericana*, de 1891, que es una presentación sumamente elogiosa de las instituciones políticas de Estados Unidos, si bien critica duramente la corrupción que predomina en el sistema de partidos y los efectos negativos de la «politización de los cargos administrativos...» En cambio, valora el papel de la «opinión pública, en ninguna parte tan poderosa». «Esa opinión pública —dice— tomada en conjunto, es recta y sana». (p. 55). Subraya su admiración por la tolerancia religiosa: «La separación de la Iglesia y el Estado es cosa indiscutible para todos los norteamericanos, cualquiera que sea su creencia, y no estiman que dañe a la religión nacional». (p. 75). Destaca el papel de la mujer norteamericana de modo muy positivo: «En Europa el hombre habla a la mujer mirándola como de arriba abajo y suponiéndola casi siempre inferior: esto no pasa en Estados Unidos. A los americanos que viajan por Europa causa repugnancia ver a las mujeres ocupadas en trabajos como el de las minas, por ejemplo...». «No hay país que deba tanto a las mujeres: les debe el norteamericano lo mejor de sus instituciones sociales y lo mejor de las reglas de conducta que rigen la vida». (p. 83).

Otro texto interesante que refleja los sentimientos en los círculos intelectuales progresistas hacia Estados Unidos es la conferencia de otro institucionalista, Labra, sobre Abraham Lincoln, en el Fomento de las Artes de Madrid, el 15 de febrero

de 1882: es un canto, lleno de exaltación romántica, hacia la personalidad de Lincoln, pero que sirve para poner de relieve las virtudes de civismo y democracia de la república norteamericana.

En un campo específico, el de la enseñanza, merece ser resaltada la actitud del principal fundador de la Institución, Francisco Giner de los Ríos. El mismo se cuidaba de traducir o resumir, en el Boletín de la Institución, el famoso *Report* del Comisario de Educación de Estados Unidos, verdadero compendio del estado de la enseñanza en el mundo. Agrega breves notas en las que resalta los logros de la enseñanza en Estados Unidos. Un aspecto sorprendente —y que lleva al máximo la contradicción entre diversas percepciones españolas— es que siguen figurando notas elogiosas en los informes de los años posteriores a la derrota de España en la guerra de 1898, cuando Cuba, Puerto Rico y Filipinas estaban ocupados por los norteamericanos. Giner destaca el aumento del número de maestros y niños escolarizados, elogia la nueva organización de la Universidad de La Habana, etc. Todo ello figura en el tomo XX de sus *Obras Completas*.

Eran actitudes muy minoritarias. El grueso de las clases dirigentes españolas, la cultura hegemónica, toda la derecha, eran enemigas de Estados Unidos por el problema colonial y por ideología, porque era un país democrático y tolerante.

IV.

La guerra de 1898 no se puede pasar por alto, aunque de ella nos separen noventa años. Salvo el caso de Marruecos, Estados Unidos es el único país con el que España ha estado en guerra desde hace siglo y medio, desde la invasión de la Santa Alianza en 1830, que casi no fue una guerra.

Salvo Marruecos, Estados Unidos es el único país con el que España ha estado en guerra desde hace siglo y medio.

La conducta del gobierno norteamericano, con actos tan horribles como la provocación de la explosión del «Maine», encendieron sentimientos antiamericanos en amplias capas de la población. Hubo manifestaciones en las calles de muchas provincias, si bien la derrota rapidísima sufrida por España causó un abatimiento, una reacción de escepticismo y pesimismo general.

Pero la guerra de 1898 debe ser examinada desde otro ángulo. Durante la segunda mitad del siglo XIX, un sector político español —más amplio que las minorías a las que nos hemos referido más arriba— preconizó una política flexible, liberal, en relación con Cuba, y la concesión a Cuba de niveles crecientes de autonomía. Cuando estalla la guerra de 1899, en el gobierno liberal presidido por Sagasta había partidarios de conceder a Cuba la máxima autonomía antes de ir a la guerra con Estados Unidos.

El presidente Mc Kinley declara la guerra cuando se apuntan claras posibilidades de que en España se impongan las tendencias dispuestas a las máximas concesiones. Pero a todas luces es lo que no quería Estados Unidos. No le interesaba la independencia de Cuba, sino una guerra gracias a la cual pudiese someter a Cuba —como luego se ha visto— a diversas formas de tutelaje, y apoderarse de otras colonias españolas como Puerto Rico y Filipinas, en este último caso a costa de

Estados Unidos demostró en la guerra de 1898 que se había convertido en una potencia imperialista lanzada a conquistar y dominar otros pueblos.

una dura guerra, no ya contra España, sino contra los filipinos en lucha por su independencia.

Ello acrecentó los sentimientos antiamericanos incluso en sectores de América Latina que habían luchado contra el colonialismo español. Es significativa la afirmación del gran poeta nicaragüense Rubén Darío: «No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata».

En realidad, Estados Unidos demostró en esa guerra que se había convertido en una potencia imperialista lanzada a conquistar y dominar otros pueblos. A realizar una política que pisoteaba los principios que están en la base misma del nacimiento de la nación norteamericana.

La situación para los que habían defendido en España, frente al absolutismo y al integrismo católico, los valores de la democracia norteamericana, no era nada cómoda. Sin embargo, conviene recordar que, en el debate en las Cortes de septiembre de 1898, una vez derrotada España, la minoría republicana, con Salmerón, Azcárate, Sol y Ortega, presentó una moción en la que se dice: «El gobierno pudo evitar la guerra con Estados Unidos y no acertó a evitarla».

En el entorno de esa guerra quiero resaltar un rasgo que luego se ha prolongado décadas: Estados Unidos ignora totalmente la realidad de España. Son dramá-

ticos los esfuerzos del ministro de Estados Unidos en Madrid en 1898, el general Stewart Woodford —que había logrado establecer relaciones serias con políticos españoles— por lograr que se le den plazos para seguir negociando. Choca con un gobierno y un presidente que no saben nada de España, ni les interesa. Saben que son más fuertes y quieren ganar.

Esa actitud se ajustaba en cierto modo a las concepciones que sobre Estados Unidos tenían los conservadores españoles, enemigos de Estados Unidos por principio, porque era un país democrático y tolerante, cosa que ofendía a la ley de Dios. Eran superbelicistas. A Sagasta le culpaban de no haber aplicado contra los cubanos una represión más dura y de no haber actuado con mayor energía contra Estados Unidos. El general Weyler, destituido como jefe supremo en Cuba por el gobierno liberal a causa de la bestial represión que había aplicado, preconizó que España desembarcase tropas en Estados Unidos para así obtener la victoria. Todo ese belicismo se esfumó con el desastre.

V.

De todos modos, el impacto de la derrota conduce a un retorno de los conservadores al gobierno. Todo el sistema de partidos hace crisis. Las posiciones se radicalizan. La política española se pone en marcha hacia la dictadura de Primo de Rivera y luego la República de 1931.

Pero lo importante es el impacto en la conciencia nacional, en la cultura: el rasgo dominante no es de odio o recriminación hacia «el enemigo victorioso» (como *le boche* en Francia después de la derrota de 1871) sino la crítica contra nosotros mismos. La guerra ha demostrado sobre todo la necesidad de cambiar España. Los males de España, «el problema de Espa-

ña», son los temas del día. Ello se expresa en dos sentidos principales:

a) El regeneracionismo, con Matías Picavea y Joaquín Costa, en lo social y político.

b) La amplia y compleja corriente literaria y cultural que se conoce como *generación del 98*. Se quiere olvidar la guerra y olvidar a Estados Unidos.

Unamuno escribe que la mayoría de los españoles estaban mucho más preocupados por el problema del pan de cada día que por el desastre de la flota en Santiago de Cuba.

Ello se asocia con el inicio de la tendencia hacia la «europeización de España»: dejémonos de colonias —aunque la tendencia colonialista hacia Africa perdurará mucho—; busquemos un puesto en Europa, que es después de todo el foco de la civilización en el mundo.

VI.

Se inicia con el siglo lo que el escritor norteamericano Arthur P. Whitaker llama «un tercio de siglo de olvido» (*Spain and the Defense of the West*, 1961, Harper Brothers, p. 394). De hecho, Estados Unidos se olvidó de España hasta la guerra civil de 1936. ¿Se puede decir lo mismo de España?

España queda al margen de ese contacto nuevo que se establece entre Estados Unidos y Europa después de la guerra mundial, que termina con los *boys* norteamericanos combatiendo al lado de los franceses e ingleses para derrotar a Alemania.

En cambio, llega a los españoles esa ola de entusiasmo y admiración por lo norteamericano que se extiende por la política y cultura europeas. En ello desempeña un

papel decisivo el cine, en una proporción aplastante producido en Estados Unidos y que muestra la vida en aquel país.

Se inicia el fenómeno, que perdura hoy potenciando por la televisión, cuyo impacto es difícil medir: el mundo de la imagen es sobre todo el mundo norteamericano. Es un mundo artificial, pero que parece real, y que es muy superior a «nuestro» mundo.

Los norteamericanos aparecen más jóvenes, más ricos, más fuertes, más eficaces. El *american way of life* empieza a ser una especie de ideal hacia el que aspiran los europeos de manera metapolítica y metaideológica. Simplemente viven mejor; saben arreglarse mejor en este mundo para pasarlo bien.

La primera guerra deja unas terribles huellas de amargura y pesimismo entre los europeos. Millones de muertos entre nosotros, y los problemas sin resolver. Frente a esa Europa avejentada y amarga, los Estados Unidos se rodean de un prestigio de «pueblo joven» con sentido práctico, descargado de ideologías paralizantes.

Esa moda de lo americano tiene un fuerte impacto en España, sobre todo a nivel del hombre de la calle, de actitudes más o menos difusas e inconscientes, aunque no tenga las expresiones literarias y teóricas a que dio lugar en Francia y otros países. Ello tiene una manifestación espe-

***El New Deal de Roosevelt
aparece como un camino
nuevo para superar los
males del capitalismo
y por una mayor justicia
social.***

**Ortega habla del
primitivismo de los
norteamericanos, de cómo
su eficacia en el hacer
se mezcla con un vacío
interior.**

cífica en la izquierda. Por un lado, la gran literatura norteamericana que llega a España, con Dreiser, Dos Passos, Faulkner, Caldwell, luego Hemingway, tiene una fuerte carga rebelde, incluso revolucionaria. Por otro lado, el *New Deal* de Roosevelt aparece como un camino nuevo para superar los males del capitalismo y para atender las exigencias de una mayor justicia social.

VII.

Frente a esa moda, ese entusiasmo por lo norteamericano, se levanta en España una voz interesante: los comentarios del filósofo José Ortega y Gasset, en 1931 y 1932 (*Los nuevos Estados Unidos y Sobre los Estados Unidos*, tomo IV de las *Obras completas*), es una advertencia a los europeos, y a los españoles, a no dejarse llevar por ese entusiasmo hacia Estados Unidos que se ha puesto de moda. Sin duda los Estados Unidos son fuertes, son un país joven, pero ser joven es no ser todavía: Estados Unidos todavía no es.

La superioridad de Estados Unidos está en lo instrumental, en lo mecánico, en saber hacer cosas prácticas, pero carece del fondo de espiritualidad que se crea con el tiempo, y sin lo cual un país no puede tener una verdadera personalidad, no puede saber cuál es su papel en la historia.

Lo propio del norteamericano es «la

forma inferior de espiritualidad, que se confunde casi con lo mecánico»; por eso Estados Unidos tendrá que aprender de Europa para ser un gran país.

Ortega habla del primitivismo de los norteamericanos, de cómo su eficacia en el hacer se mezcla con un vacío interior. Les falta lo esencial: contestar no al cómo, sino al para qué del hacer humano. Curiosamente Ortega —como había hecho en un sentido muy distinto Gumersindo Azcárate 40 años antes— se refiere a la mujer norteamericana como ejemplo de vacío espiritual: «No es tampoco nada peculiar —escribe— la impresión de vacuidad que deja en nosotros el tipo medio de la mujer norteamericana. Contrasta sorprendentemente el pulimento físico de su cuerpo y aderezo exterior, la energía y soltura de sus maneras sociales con su nulidad interna, su indiscreción, su frivolidad e inconsciencia»... «La mujer norteamericana es el ejemplo máximo de la incongruencia entre la perfección del haz externo y la inmadurez de lo íntimo, característica del primitivismo americano» (tomo IV, *O.C.*, p. 377-378).

Esta advertencia de Ortega a los europeos y a los españoles se produce en un momento en que la relación con Estados Unidos iba a tener que establecerse en función de nuevos imperativos políticos, determinados por la amenaza del hitlerismo primero, por la guerra para derrotarlo después. Entonces se produce la gran bifurcación de los caminos de Europa (al menos Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda y otros varios países) y los de España. Caminos que sólo muy recientemente han vuelto a aproximarse.

VIII.

La actitud norteamericana ante la amenaza hitleriana fue inicialmente ambigua. Hay un abismo entre los sentimientos in-

discutiblemente antifascistas de Roosevelt y su gobierno, y la realidad de su política. Estados Unidos entra en la guerra contra Hitler después de sufrir la agresión de Pearl Harbour japonesa. Pero en la mente colectiva de los pueblos europeos lo que cuenta es la realidad visible de la presencia de las tropas norteamericanas en la liberación de Francia, Italia, etc. Los americanos son los liberadores del fascismo. Además, los liberadores ricos, los que poco después de terminar la guerra ayudarán con el Plan Marshall a la recuperación de las economías europeas. Esa percepción de Estados Unidos —liberador y donante generoso— es la que tienen los europeos en general. Con una excepción: los españoles. Para nosotros, ni liberador ni donante. Más bien, como vamos a ver, lo contrario.

La participación española en la guerra mundial contra el fascismo es específica. Nos levantamos antes de la aurora. La guerra civil provocada por la sublevación del general Franco contra la República, el régimen legal del país, se convirtió por la masiva ayuda de Hitler y Mussolini a Franco, con presencia de tropas italianas y alemanas, en la «primera batalla de la segunda guerra mundial» (es una expresión utilizada por muchos historiadores).

Roosevelt tenía una indudable simpatía por la República española, pero la realidad de su política fue mucho más favorable a Franco: concretamente a causa de la venta a Franco de petróleo a crédito, producto decisivo para la guerra, y que ni Alemania ni Italia podían facilitarle.

Pero en el fondo Estados Unidos hizo lo mismo que las otras democracias más cercanas de España, como Francia, de la que sí se esperaba una ayuda efectiva. Por otra parte, de Estados Unidos llegó un testimonio de solidaridad particularmente fuerte, con los voluntarios de la Brigada Lincoln, y expresiones calurosas de sim-

patía de su opinión pública, de sus intelectuales, incluidas muchas figuras del cine que disfrutaban ya en España de una popularidad gigantesca.

No creo por ello que la actitud de Estados Unidos en la guerra sea un componente esencial de la percepción que se ha ido formando en las mentes españolas sobre la gran república norteamericana.

IX.

Lo que sí ha sido decisivo, aún para la actualidad, es su actitud en relación con la dictadura de Franco. Sin duda hubo la condena, junto con Inglaterra y Francia, de 1946, en la que se reconocía que Franco había sido un aliado de Hitler en la guerra. Ello sirvió sobre todo para dar base a la campaña nacionalista de Franco contra las democracias occidentales que querían doblegar la voluntad española. Esa campaña tocaba entonces a masas considerables y ayudó sin duda a acentuar los tradicionales sentimientos anti-norteamericanos, típicos —como hemos visto más arriba— de la derecha española.

En cambio la ilusión esperanzada, que se despertó en los sectores republicanos y liberales de la población, de una ayuda para el retorno de un régimen democrático en España, pronto quedó decepcionada. Decepción que tuvo dos momentos: primero al constatar que esa ayuda no se producía, que el caso español se aparca-

Roosevelt tenía una indudable simpatía por la República española, pero la realidad de su política fue mucho más favorable a Franco.

ba, que España se convertía en la Cenicienta de Europa.

Pero el hecho decisivo —porque además fue un gesto exclusivo de Estados Unidos que se separó en este caso de sus aliados francés y británico— fue el acuerdo de 1953 entre Estados Unidos y Franco. Ese acuerdo, prolongado hasta nuestros días con fórmulas distintas, fue justificado por Estados Unidos sobre todo como necesidad de seguridad nacional. Era parte de la defensa para hacer frente a lo que se consideraba —al menos en teoría— inminente, una agresión soviética contra Europa occidental.

No puedo entrar aquí en el aspecto general de la política de Estados Unidos en ese período. En mi opinión, a la obsesión por la amenaza soviética se añadía como factor esencial el deseo hegemónico de Estados Unidos a escala mundial. Para ese proyecto le convenía tener al lado de la alianza multilateral de la OTAN una alianza especial con España, con un régimen dictatorial que «no presentaba problemas», que aceptaba casi todo lo que se le pedía, y que podía servir de palanca de presión sobre los otros países europeos miembros de la OTAN.

Por otra parte, no sería justo olvidarlo, Estados Unidos estaba sufriendo una gravísima enfermedad política, que afectó gravemente a su salud mental colectiva, en el gobierno y en parte de la sociedad: el

***A cambio del apoyo
político norteamericano
Franco abandonó toda la
tradición de neutralidad
que tenía raíces
profundísimas en la
conciencia nacional.***

maccarthismo. Ello creaba el ambiente óptimo para una política de acercamiento al régimen de Franco, régimen de terror sanguinario contra todo lo que era liberal y socialista —no digamos los comunistas— y cuya policía política había recibido pocos años antes consejos e instrucciones del propio Hitler.

En cuanto a la percepción española del acuerdo con Estados Unidos, se produce una total inversión del marco que he trazado al principio. Estados Unidos se alía ahora con el franquismo, con la extrema derecha española, es decir con las fuerzas que durante el siglo XIX estuvieron en punta para denostarle, presentando como contrarios a la ley de Dios los principios de la Constitución norteamericana. Es a la vez una política que daña directamente a los españoles liberales y demócratas que sufren durísimas persecuciones, condenados a la emigración, las cárceles o la clandestinidad.

Por lo tanto, del acuerdo de 1953 hay dos percepciones españolas radicalmente distintas: los franquistas, que sin duda en aquel momento tenían un eco considerable en la opinión pública, influida como siempre suele ocurrir por un dictador que, además, cosecha un gran éxito internacional proclaman: Estados Unidos nos viene a dar la razón. Se ha puesto de nuestro bando. Después de haber ayudado a Stalin contra Hitler, ahora comprende que lo decisivo es salvar a la cristiandad del comunismo.

El discurso que hace Martín Artajo a las Cortes es para «celebrar el triunfo Franco» (Whitaker, p. 54). Como dice este autor norteamericano, el acuerdo no es sólo coyuntural para lograr unas bases en territorio español. «La lógica de las relaciones establecidas... convierte al régimen de Franco en una combinación admirable de aliado (*partner*), de subvencionado (*pensioner*) y, como lo muestra el caso de la

OTAN, de protegido» (p. 380). En efecto, Estados Unidos se esforzó por obtener de los otros miembros de la OTAN que den ingreso a Franco.

Es obvio que ese apoyo *político* norteamericano tuvo un valor decisivo para Franco. A cambio de él, Franco abandonó toda la tradición de neutralidad que tenía unas raíces profundísimas en la conciencia nacional. Hizo las concesiones más vergonzosas para la soberanía y la dignidad nacional, en orden a bases, jurisdicción sobre el personal norteamericano, etc.

Estados Unidos aceptaba con satisfacción esa extraordinaria blandura —salvo resistencias en ciertos lugares de la Administración— con que Franco entregaba lo que se le pedía. Con ello Franco compraba un apoyo inestimable para sostenerse en el poder.

En la actuación de la Administración de Estados Unidos predominó una vez más —ya lo hemos visto en momentos cruciales anteriores— la ignorancia de la realidad profunda de España. Y quizás el desprecio. Sin duda en ese momento Franco era legalmente España y tenía una parte de la opinión pública con él. Pero España tenía que ser otra cosa, sobre todo en un mundo en el que el hitlerismo había sido derrotado. El efecto del pacto de 1953 es que Estados Unidos ha sido durante más de dos décadas el apoyo fundamental de Franco ante la opinión interior y exterior. Es pues un proceso prolongado y que por ello mismo tenía que penetrar hondamente en la mentalidad de los españoles.

El efecto no podía ser otro que provocar, entre los demócratas españoles en general, con grados distintos según las ideologías, un fuerte sentimiento contra Estados Unidos. Además ese factor —Estados Unidos sostiene a Franco— era inevitablemente prioritario para los españoles

con respecto a otros juicios de la política exterior, el papel de Estados Unidos en la defensa de Occidente, etc.

El resultado es que, para los españoles en general, la percepción de la amenaza soviética no ha existido. Era un tema central de la propaganda de Franco. En eso Estados Unidos seguía, repetía, respaldaba, lo que era un lema franquista esencial. Luego, entre los españoles enemigos de Franco esa percepción no ha existido, se han sentido ajenos a toda la filosofía que sirvió, y sirve, de base a la OTAN.

Nos encontramos así con este fenómeno muy curioso: a medida que se fortalecen los sentimientos democráticos, que la dictadura de Franco se descompone, que la mayoría de los españoles quieren establecer un régimen comparable al que Estados Unidos ha conocido desde su Constitución, en esa misma medida la opinión española se hace más antinorteamericana. Los proamericanos son los franquistas, los continuadores políticos de ese general Weyler que propuso el desembarco español en Estados Unidos en 1898, es decir, todo lo más contrario a las ideas que han dado nacimiento a la nación norteamericana.

Este proceso desemboca en la desgraciada frase del general Haig, cuando era Secretario de Estado, al decir, ante la ocupación del parlamento por los guardias civiles de Tejero, que era «un asunto inter-

Los españoles, a pesar de la aceptación por referéndum de la permanencia en la OTAN, tienden a una posición de no alineamiento.

La evolución de la situación internacional, los avances del desarme, pueden disminuir la visión militarista de la política de Estados Unidos.

no de los españoles». Eso confirmaba la percepción española de que a los Estados Unidos el régimen de Franco les iba muy bien, y que la democracia española les importaba en bleo.

Todo esto, me apresuro a agregarlo, como Estado, como política. Al mismo tiempo, las pautas de la sociedad norteamericana, su libertad en la vida diaria, en materia sexual, su cine, su literatura, ejercen un papel considerable como inspiradores de una forma de vida que resulta cada vez más atractiva para los españoles.

Sin duda para la juventud, para la intelectualidad, París era la fuente de las ideas de libertad. Pero también llegaban de Estados Unidos. De Berkeley, del movimiento de liberación negro, de las protestas por la guerra del Vietnam. Joan Baez —y tantos otros— alimentan la canción de protesta en España.

X.

Llegamos a la etapa actual, más conocida. Casi está cada día en los periódicos. Por eso la resumiré mucho más.

En el terreno político —y continuando el proceso que hemos venido examinando— la percepción de Estados Unidos es netamente negativa. Los españoles —a pesar de la aceptación por referéndum de la permanencia en la OTAN tienden a si-

tuarse en una posición de no alineamiento. A este respecto los sondeos del CIS aportan datos de indudable interés. Voy a utilizarles ampliamente: ante la hipótesis —sin duda absurda— de una tercera guerra mundial, el 4% de los españoles se pronuncian (en noviembre de 1986) porque España se coloque al lado de la Unión Soviética, el 23% al lado de Estados Unidos, y el 51% por la neutralidad. Sólo en las personas de derecha y extrema derecha hay porcentajes serios, 46 y 51%, en favor de un alineamiento con Estados Unidos.

Ante la pregunta de si España debería acercarse o alejarse de Estados Unidos, la evolución es la siguiente: los partidarios del alejamiento pasan del 24% en diciembre de 1983 al 40% en abril de 1987. Los partidarios de un mayor acercamiento disminuyen en iguales fechas del 29 al 24%. Tan sólo los votantes de AP tienen una actitud acorde con la actual política de alianzas, siendo mayoría los partidarios del acercamiento a Estados Unidos y del alejamiento de la Unión Soviética. Es significativo que entre los jóvenes (18 a 40 años) y entre las personas con estudios superiores los partidarios del alejamiento superan el 50%. También predomina la tendencia al alejamiento de la URSS en menores porcentajes. La inclinación mayoritaria es a todas luces por una política de equidistancia en el plano internacional.

Es significativo en este orden un estudio de noviembre de 1986 sobre el grado de confianza de los españoles en la URSS y en EEUU. Sumando «muchísima confianza» y «bastante confianza» obtenemos: 33% por Estados Unidos y 26% por Unión Soviética, o sea una diferencia no grande; «poca confianza» 26 y 28% respectivamente; y «ninguna confianza» 16 y 17%. De nuevo aquí la derecha supera el 50% entre mucha y bastante confianza hacia Estados Unidos. Mientras, en la iz-

quierda, se alcanza el 55% entre poca y ninguna confianza.

El motivo fundamental de oposición a Estados Unidos —Centroamérica— se refleja también en algunos sondeos interesantes. Destacaré el estudio hecho por el CIS en junio de 1985: el 50% de los entrevistados cree que España debe tener un papel activo para lograr la paz en esa zona de Iberoamérica. Y de ellos el 60% (contra un 24% que se opondría) considera que debe hacerlo «también en el caso de problemas de Estados Unidos con la Unión Soviética». La segunda hipótesis, en este caso, es obviamente más bien formal.

Esa actitud se completa con la convicción que expresa el 69% de los españoles (junio 1985) de que la intervención de Estados Unidos en la zona «está orientada ante todo a la defensa de sus intereses económicos y estratégicos». Sólo el 4% cree que está orientada «a la defensa de las libertades». Los porcentajes son casi idénticos en relación con la Unión Soviética.

Pero es preciso —aunque sea desviar-nos algo del tema central— averiguar si hay algo detrás de esa tendencia a la equidistancia de las dos grandes potencias. Los españoles tienen con mucha claridad una preferencia por Europa y una gran simpatía hacia América Latina.

A la pregunta sobre los países o grupos de países más cercanos, los españoles contestan (junio de 1985) del modo siguiente: «muy cercanos o cercanos: 51% al Mercado Común; 47% Iberoamérica; 16% Estados Unidos».

Por otra parte, a una pregunta sobre sus sentimientos favorables, o desfavorables, hacia una serie de países, las respuestas (junio de 1985) dan los resultados siguientes: «muy favorable y favorable: 67% Ar-

Se puede registrar una percepción positiva de Estados Unidos por parte de los españoles en el terreno de la sociedad y la cultura.

gentina, 61% Italia y México, 56% Brasil, 52% Alemania, 37% Cuba, 36% Francia, 31% Estados Unidos».

Si miramos ahora a Estados Unidos no ya como política, como Estado, sino como sociedad, como forma de vivir, entonces desaparece la actitud negativa y la tendencia a la equidistancia con la URSS. Es el mismo fenómeno que ya hemos visto —con otras características— en otras etapas de nuestro recorrido.

A la pregunta sobre si prefieren que España se parezca más en su vida económica y cultural a Estados Unidos o a la Unión Soviética, los españoles (noviembre de 1986) contestan: en lo económico, 45% a EEUU y 6% a la URSS; en lo cultural, 36% EEUU y 13% la URSS. En este caso, los más jóvenes y las personas con estudios superiores se pronuncian con los más altos porcentajes (56, 57, 54%) en favor de EEUU en lo económico. En lo cultural, esas categorías alcanzan porcentajes del 43-45%; en cambio la derecha, extrema derecha, votantes de AP, dan porcentajes del 64%.

XI.

Unas palabras de conclusión. Veo algunos factores que pueden ayudar a que la percepción española de Estados Unidos evolucione en un sentido más favorable. En primer lugar, nos conocemos más. Se eleva considerablemente el número de es-

pañoles que visita y toca directamente la realidad norteamericana, de jóvenes que estudian en Estados Unidos. Que los pueblos se conozcan como personas, no como entidades abstractas o políticas, creo que es esencial para lograr una percepción más real.

En el terreno directamente político, la evolución de la situación internacional, las cumbres Reagan —Gorbachov, los avances del desarme, pueden disminuir esa visión militarista de la política de Estados Unidos, sin duda uno de los motivos esenciales de la negativa percepción española. Si esa tendencia se afirma con el nuevo presidente —y es probable que la elección de Dukakis contribuiría a ello— cabe prever una actitud menos desfavorable de la opinión española sobre la política de Estados Unidos.

Pero está el problema de América Latina y más concretamente de Centroamérica. Aquí sigue existiendo un foco grave de contradicción si Estados Unidos no se decide a una política que respete y tenga en cuenta lo que desean los pueblos y gobiernos de Centroamérica, a una política de apoyo a los esfuerzos de paz y de renuncia al tipo de intervención que ha realizado en el caso de Nicaragua y, en otro sentido, de Panamá. En todo caso, la sensibilidad española en este terreno es fuerte. Además hoy cabe pensar que la CEE y otros gobiernos europeos tendrán en este punto una actitud cada vez más cercana a lo que es la posición española.

Un paso importante ha sido la comprensión norteamericana de que hacía falta cambiar, y no simplemente prolongar, el acuerdo bilateral.

Por otra parte, se puede registrar un progreso serio hacia una percepción positiva de Estados Unidos por parte de los españoles en el terreno de la sociedad, de la cultura, del modo de vivir. Creo que ha perdido vigencia esa «fascinación» que Ortega combatía en los años 30. Pero hay cambios importantes en la sociedad norteamericana que repercuten fuertemente en la mentalidad española. Por un lado, su impresionante capacidad creativa, artística y científica. Sin duda hay mucha importación de cerebros de Europa y Asia.

Pero el papel de científicos norteamericanos, de las Universidades de Estados Unidos en los avances de la ciencia, es decisivo. La presencia norteamericana en la creación artística y literaria mundial tiene un valor considerable. Nueva York no es ya sólo un gran mercado de arte, es un centro de creación de importancia. No quiero silenciar otro aspecto que el ministro francés, Jack Lang, ha calificado en numerosas ocasiones de colonización o invasión de Europa por formas de subcultura norteamericanas. Ello se manifiesta en el cine y sobre todo en la televisión, donde factores económicos y financieros permiten situaciones casi de monopolio. Hoy los niños de las ciudades españolas saben mucho mejor cómo se vive en los *ranchs* del Middlewest que en las aldeas de Castilla. Es una realidad deformada en que todo está limpio, todas las mujeres son guapas y todas las casas son maravillosas. Aunque ello pueda crear en ciertos sectores una popularidad artificial del modo de vida americano, creo que provoca en los sectores españoles más cultos un efecto contrario. Cabe pensar que ese fenómeno se superará con el desarrollo de una actividad europea más poderosa en esos campos.

Pero volviendo a los aspectos positivos de la cultura norteamericana que impactan las mentes españolas, hace falta mencionar el papel especial que desempeña la

música, la canción, entre las grandes masas de la juventud. Es una realidad cultural y sociológica de primera magnitud en el mundo de hoy. Desborda fronteras y barreras ideológicas.

Aquí hace falta llamar la atención sobre un aspecto porque creo puede indicar algo esencial para el futuro. En el mundo de la música moderna —y eso empieza por lo menos con el jazz— Estados Unidos aparece con una cara en la que los negros ocupan el lugar central. La música hoy más universal tiene raíces culturales diversas, pero sin duda un componente negro fundamental. No soy especialista. Son ideas triviales, pero creo que en ellas se refleja algo que empieza a apuntar en otros terrenos, incluso en la política.

Estados Unidos empieza a tener una faz distinta. Ya no se presenta solamente con la del inglés o irlandés, rubio, católico o protestante. Los negros, los hispánicos, son parte creciente de Estados Unidos. El fenómeno Jackson indica que está ya en horizonte la posibilidad de un presidente negro. Estas mutaciones internas en Estados Unidos —el papel creciente de los hispanos lógicamente facilita el acercamiento con nosotros— crean sin duda premisas para una percepción más favorable por parte de los españoles de la realidad de Estados Unidos.

Una condición decisiva para esa posible evolución es que Estados Unidos —gobierno y sociedad— conozcan mejor a España. En 1898 y en 1953, el desconocimiento de España ha sido causa de graves errores. Hay señales de que ahora se empieza a comprender mejor en Washington a nuestro país. La larga relación con un régimen

En la perspectiva de una creciente afirmación de la personalidad de Europa, evolucionará la percepción de Estados Unidos en España hacia una mejor comprensión.

como el de Franco creaba una visión inevitablemente errónea de lo que tiene que ser una política española en una situación democrática. Hace falta que se logre esa nueva comprensión. Un paso, quizás importante —hace falta operar otras experiencias para medir su significado—, ha sido la comprensión norteamericana de que hacía falta cambiar, y no simplemente prolongar, el acuerdo bilateral; y a la vez hacerlo respetando la soberanía de España para decidir sus opciones políticas. En este marco hay que situar la salida de los F-16. Espero que en otros aspectos, como el nuclear, haya el mismo respeto.

Existe hoy una percepción española, y europea, de que estamos en una etapa, con la reforma de Gorbachov en la Unión Soviética, en que se abren posibilidades de desmilitarizar la vida internacional, avanzar en el desarme, dar más peso a la política y menos a sus aspectos puramente estratégicos y militares.

En la perspectiva de una creciente afirmación de la personalidad de Europa, de unas relaciones más de igual a igual entre Europa y Estados Unidos, evolucionará la percepción de Estados Unidos en España hacia una mejor comprensión.